

L arzobispo de Milán, célebre por su simpatía hacia el fascismo, cardinal Schuster, antecesor de Montini, un día que le preguntaron cuál era el mejor catecismo católico contestó una cosa sorprendente para su ideología integrista. Afirmó que el mejor resumen de religión no era el inflexible y rígido catecismo de preguntas y respuestas; sino el vivo, plástico y humano Evangelio escrito por San Marcos en el siglo I.

Hoy cualquier especialista bíblico, protestante o católico, afirmaría lo mismo, porque ésta fue la más primitiva y genuina de las cuatro historias de Jesús que conocemos. Los dos mejores estudiosos de los evangelios, Vincent Taylor, del lado protestante, y X. León-Dufour, del católico, piensan así.

Pero lo que todos opinan es que resulta imposible realizar lo que el atildado y popular escritor católico Daniel-Rops intentó hace unos años: una verdadera vida de Jesús. Todo lo más podemos pergeñar una historia crítica de ciertos hechos básicos de su vida; pero nunca llegará a ser una verdadera biografía.

Hace más de treinta años, dos grandes precursores de la actual ciencia bíblica: el padre Lagrange, O. P., y el jesuita padre Grandmaison lo entendieron así. Y uno y otro publicaron dos excelentes trabajos sobre la historia del fundador del cristianismo,

nivel de divulgación— de una historia de Jesús de acuerdo con la ciencia actual.

Hoy, en cambio, pasa los horcos caudinas de la censura eclesiástica —tanto francesa como española— el libro de Arthur Nish, *Historia de Jesús*, que —menos literario y logrado que el de Steinmann— sabe divulgar una correcta y seria vida de Jesús, sin concesiones al vano pietismo infantil de quienes aceptan sin reflexión histórica, filológica o psicológica, cualquier mercancía religiosa.

L padre Heredia —otra muestra para un museo de ingenuas anticuallas— llegaba a interpretar tan literalmente la frase de Juan el Bautista, «preparad los caminos del Señor y enderezad sus senderos», que aseguraba que el Precursor de Cristo y sus discípulos hicieron un verdadero camino en medio del campo para preparar el paso de Jesús.

Los pintores renacentistas confeccionaban sus telas prestando —sin darse cuenta— los traies, ambiente y paisajes de la Italia del siglo XV y XVI al Nacimiento de Jesús: ahí está Botticelli con su *Adoración de los Magos*, vestidos como en el Renacimiento.

HISTORIA CRITI

que difícilmente podrían ser clasificados como biografías: «He tenido que desechar la idea —dice el padre Lagrange— de dar para el público una *Vida de Jesús* en el sentido clásico de la palabra». Lo mismo que ha repetido en 1959 el teólogo católico norteamericano O'Keefe, a pesar de ser considerados como especialistas conservadores todos los teólogos de ese país.

Hace 50 años el citado padre Lagrange fue un hombre sospecho para las autoridades eclesiásticas; y la Santa Sede le impidió durante varios años publicar sus investigaciones de la Biblia. Hoy, en cambio, lo que él decía es moneda corriente en cualquier autor católico, aunque sea de segunda o tercera fila.

L A revista alemana de gran tirada *Der Spiegel* publicó unos interesantes trabajos sobre la figura de Jesús, escritos por autores no católicos.

Y me pregunto: ¿por qué un católico no podría también transmitir a sus lectores en una revista española los puntos de vista críticos que la ciencia ha aceptado definitivamente?

¿Tendremos que seguir suministrando a los lectores lecturas piadosas, o quizá deberemos ocultar públicamente la verdad por temor a no sé qué escándalos?

Hoy las grandes revistas como *Time*, *Newsweek* y la citada *Spiegel* hablan de estos temas: ¿por qué no nosotros? Pienso que la ignorancia, lejos de ser el mejor resguardo de la verdad religiosa, es su muerte segura; como desgraciadamente estamos viendo de modo creciente en países de influencia cristiana como Francia, Italia y España.

Lo que no queremos son *seriales* como el suministrado por el periodista católico americano Fulton Oursler, con su obra «*La más grandiosa historia jamás contada*» (*The Greatest Story Ever Told*), que producen el irónico desprecio de cualquier persona que tenga el menor sentido crítico. «Los Evangelios no se pueden ingenuamente entender como una especie de reproducción fotográfica», dice inteligentemente su compatriota el padre O'Keefe.

Los no católicos lo han ido afirmando repetidamente, y algunos católicos se permitieron decirlo también. Los primeros fueron mal vistos entre nosotros hasta hoy —eran los contrarios—; pero de los segundos teníamos que apartarnos hasta que llegó el Concilio Vaticano II y abrió las ventanas del catolicismo.

No más lejos de 1959 —dirigiendo la Iglesia Juan XXIII—, fue incluido en el fenecido *Índice de Libros Prohibidos* el libro del católico Steinmann: *La Vie de Jesús*. Primer ensayo crítico —a

Pero nosotros —sin darnos cuenta— habíamos hecho, hasta ahora, algo muy parecido. Prestábamos a los escritores de hace veinte siglos nuestras maneras de pensar, hablar y contar los hechos, olvidando además que nosotros éramos deudores de una civilización occidental, llena de lógica y abstracción, muy diferente del rico colorido imaginativo y literario de las populares literaturas orientales.

Sin embargo, Maldonado —el célebre teólogo jesuita del siglo XVI— no pudo menos de observar que los evangelistas no relataban los hechos sucedidos ni con los mismos detalles, ni con la misma expresión, ni con el mismo orden. Lo mismo que han observado muchos especialistas católicos hoy. Y, sin embargo, en nuestra manera «pacata» de entender la Biblia, lo habíamos olvidado.

Refiriéndose a los evangelistas Marcos y Mateo, que relatan el pasaje de la misión que les encarga Jesús a los discípulos, y lo describen divergentemente en los detalles, afirma que «ambos (evangelistas), sin referir las palabras textuales de Cristo, sino sólo la substancia, nos advirtieron que el Señor prohibió a los apóstoles (llevar) cuanto no les fuese necesario de momento». Lo mismo que dice actualmente el profesor católico Scheifler, o el propio cardenal Bea. Lo que no se puede ingenuamente admitir es un literalismo en los relatos evangélicos que resulta totalmente anacrónico.

Pero esto sería todavía mantenernos en un nivel elemental, de obvio sentido común. Yo no es ningún secreto hoy que autores protestantes como Rudolf Bultmann estudiaron la forma como fueron contruidos los diferentes pasajes del Evangelio: la *historia* de su redacción; o sea, los moldes literarios sacados de otros libros del Antiguo Testamento en pasajes parecidos. Esto y los distintos niveles de mayor o menor exactitud en reproducción visual de los hechos realmente sucedidos son factores a ser tenidos en cuenta a la hora de saber exactamente lo que hizo y dijo Jesús.

Autores católicos tan apreciados en los medios bíblicos como el profesor Cerfaux; el padre Benoit, O. P.; Schelkle y Wikenhauser han utilizado con gran eficacia esta teoría, llamada *Historia de las Formas*, y han dado un paso gigantesco en el desarrollo de una crítica constructiva de la historia de Jesús que se encuentra en los evangelios. Así han podido averiguar, con una precisión mucho mayor, el fuerte núcleo histórico que contienen y el sentido exacto de muchas expresiones mal entendidas hasta ahora, por quererlas interpretar ingenuamente demasiado a la letra.

TODOS —racionalistas o creyentes, católicos o protestantes— están de acuerdo hoy en decir que no tiene el mismo grado de seguridad histórica el relato de los Magos viniendo de Persia a adorar al Niño Jesús y los hechos, por ejemplo, de la Pasión de Jesús.

Un autor tan crítico como el orientalista judío Salomón Reinach, que había puesto durante muchos años entre paréntesis toda la existencia de Jesús, al final de su larga carrera de profesor e investigador aseguraba que «la Pasión de Cristo era un hecho histórico» (M. Goguel, «Jesús y los orígenes del Cristianismo»). Lo mismo que —más matizada y acertadamente— dice un católico, el padre Avery Dulles, S. J.: «No son igualmente históricos los Evangelios de la infancia, que las narraciones de la Pasión».

Especialistas católicos como los padres Laurentin, Beda Rigaux, O. F. M., J. Racette, S. J., Bourke y Stanley, S. J., no tienen inconveniente en poner en duda detalles del relato evangélico de la infancia de Jesús —como los Magos, la persecución de Herodes, o la degollación de los Inocentes—, porque se parecen curiosamente al cuadro literario con que se describen ciertos personajes del Antiguo Testamento, como los niños Samuel o Sansón. ¿No po-

Evangelios que hizo un español del año 300 —el sacerdote Juvenco— hasta el último realizado por el cardenal Gomá, en tiempos de la República de 1931-1936, nos hemos empeñado en un propósito propio de niños: creer que todas y cada una de las palabras eran textuales en los diversos redactores de los Evangelios. Así nos metíamos en verdaderos callejones sin salida, porque Marcos atribuyó a Jesús la orden de que los discípulos no llevaran ningún bastón; y Mateo decía, en cambio, que sólo llevaran uno. Igual que en las primeras apariciones a los Apóstoles, después de la muerte de Jesús: Mateo les sitúa en Galilea y, en cambio, Lucas, en Jerusalén. O los relatos de la infancia del Fundador del cristianismo que «en San Mateo y San Lucas difieren entre ellos a cada palabra», según afirma el profesor Ch. H. Scheikle, después de convertirse éste del protestantismo al catolicismo.

LA Biblia es un libro religioso: el más importante libro religioso de la humanidad. Pero un libro complejo desde el punto de vista humano, confeccionado por muchos autores, de muy diversas épocas y de mentalidades sumamente diferentes de la nuestra. Son una mezcla —a veces difícil de se-

LA VIDA DE JESÚS

Por **ENRIQUE
MIRET
MAGDALENA**

dian utilizar Mateo y Lucas el procedimiento pedagógico de rodear el nacimiento de Jesús con los caracteres bien conocidos de la infancia de grandes personajes y profetas del Viejo Testamento; y así entender los judíos que lo leyeron la importancia de una vida tan aparentemente oscura como la que quiso llevar Jesús durante treinta años?

El cardenal Bea ha dado un notable paso adelante, y ha llegado a decir con su lenguaje medido, pero sincero: «no todas las palabras que se refieren en el Evangelio como dichas por Jesús fueron textualmente así dichas por Él». «A partir de los dichos y sermones de Jesús, cada evangelista ha construido sus discursos en el estilo y terminología propios no de Jesús, sino de él mismo» (padre David Stanley, S. J.). «Los Evangelios no son reportajes... (y) tratar de convertirlos en tales es cometer un grave anacronismo», dice A. Nisim. «El Nuevo Testamento es el recuerdo digno de fe, de la impresión que Jesús hizo en sus compañeros de origen...; y el corazón del mensaje que en él se contiene... es el retrato de Jesús, tal como fue comprendido por la comunidad primitiva de creyentes, pero no una fotografía suya».

MARCOS —hemos dicho al principio— tiene la gran ventaja para el historiador actual que «se mantiene notablemente fiel a sus fuentes de información, yuxtaponiéndolas en vez de combinarlas, o de interpretarlas», sigue diciendo este autor. Y, sobre todo, no se deja influir por presupuestos ideológicos o doctrinales, y «es quien nos ha conservado los rasgos más humanos de Jesús, los más vívidos —hasta el punto de crear dificultades teológicas e incluso contraponerse a los otros evangelistas que le censuran algunos pasajes». El protestante Vincent Taylor, profesor de Oxford, repite que «el valor histórico de este Evangelio es altamente apreciado».

No tenemos más que leer aquel dramático relato de los parientes de Jesús que le apartan de la multitud porque le creen fuera de sus casillas; o el pasaje de la oración en el Huerto en que Jesús se atemoriza y acongoja, entrando en una especie de agonia. Marcos los relata crudamente; los demás suavizan la realidad. Lo mismo que cuando Jesús anda sobre las aguas, Marcos cuenta que los discípulos en la barca estaban confundidos porque no podían entenderlo, y, en cambio, Mateo dice que se le acercaron y le adoraron. Lucas llega, a veces, hasta a omitir los pasajes de San Marcos que hablan de las pasiones humanas de Jesús: su cólera, indignación, tristeza y amor.

Desde el primer ensayo de una concordancia entre todos los

parás— de poesía, como el Cantar de los Cantares; de historia popular, como el Génesis o los libros de Crónicas; de relato de anticipación, como el libro del Apocalipsis; y de testimonios de fe de los contemporáneos de Jesús, como los Evangelios.

Todo ello hay que tenerlo en cuenta —como nos dice la ciencia actual— y es preciso asumir plenamente una actitud crítica para descubrir mejor el sentido religioso que posee el Evangelio. Porque más que una enciclopedia de doctrinas, es un testimonio centrado en la presencia de una persona, Jesús, que es el norte de nuestras propias experiencias religiosas del siglo XX. Los creyentes pensamos que esta operación de limpieza, que la crítica científica tiene que hacer para llegar a saber la verdadera —y modesta— historia de Jesús, tiene una finalidad: percatarnos que «las propias palabras de la Escritura Sagrada, leídas y explicadas en la debida forma, poseen una luz y una fuerza íntimas que sobrepasan la que puedan tener las solas palabras humanas, y le dan una autoridad y un poder singular y único» (Cardenal Bea, 1956). Así es como los Apóstoles —entonces y ahora— se convirtieron en hombres nuevos, que de egoístas se volvieron desprendidos; de violentos, como los demás, se hicieron pacíficos, y de dominadores, pasaron a equilibrados promotores de un sentido comunitario.

El más crítico de los actuales estudiosos de la Biblia, Bultmann, expulsado de la Alemania nazi y hoy profesor en Norteamérica, resume el pensamiento contemporáneo así: «no hay fundamento de ninguna clase para tener duda alguna sobre la existencia real de Jesús». El ser rigurosos críticamente no impide aceptar noblemente que lo relatado por el Evangelio son «hechos de carácter histórico, en los que se citan testigos entonces todavía vivos» (Nisim). Hechos de los más rigurosos en la historia de entonces, aunque confesemos que no es una narración detalladamente exacta y circunstanciada; sino un relato con numerosos datos históricos indudables, expresados en un lenguaje y con una libertad de redacción distintos de los nuestros. Pasajes que antes eran impugnados acérrimamente, hoy son admitidos por todos, y nadie se atreve a negar ya que Jesús fue el más importante maestro religioso de la Humanidad.

«El sustrato histórico objetivo (de los Evangelios) es incuestionable, y se impone por sí mismo, independientemente de las creencias o simpatías personales»; es el resumen de lo que he querido decir, expresado con palabras del mejor escriturista católico actual, el francés Leon-Dufour.